**INVITAR PARA EL CRECIMIENTO**

Santiago 5:19-20

INTRODUCCIÓN:

 Cuando invitamos o somos invitados para una reunión, una fiesta, un evento o para un viaje o un trabajo, entramos necesariamente a un campo minado, porque la invitación como tal depende de la voluntad de ambas partes. La voluntad de invitar por una parte y la voluntad de aceptar la invitación por otra. Porque la invitación no es una orden que hay que acatar, la invitación es libre, y libre también la aceptación.

 Cuando invitamos a alguien lo hacemos por diferentes motivos: por amistad o porque disfrutamos estar juntos y charlar. Invitamos por ser parte de nuestra familia, o invitamos porque queremos retribuir algún favor, o para lograr un puesto, si es que invitamos a un gerente o jefe de personal, o porque queremos tener un cita con alguien que nos atrae o comenzamos a enamorarnos. Invitamos también por motivos políticos, para convencer a alguien que se enrole en nuestro partido, o invitamos para vender algo, como lo hacen alguna editoriales cuando están por lanzar un nuevo libro, o para vendernos un tiempo compartido. Invitamos para presentar un nuevo proyecto y queremos tener el financiamiento, y en esta caso, la invitación se reduce a un grupo de personas que pueden invertir. En Estados Unidos es común que se celebre una cena de gala en un hotel o un lujoso restaurante y se invita a los miembros de una iglesia o sus familiares para reunir dinero para una beca para algunos estudiantes cuyos padres no pueden pagar la carrera universitaria de sus hijos. Al lado de cada plato dejan un sobre con un papel para llenar indicando qué cantidad de dinero donará cada mes para esta beca o “scholarship”. En este caso, todos los que aceptan la invitación saben a qué van, y que el propósito de esa cena es recaudar fondos para las becas.

 Por otra parte, la situación cambia cuando nosotros somos los invitados. Cuando nos proponen una fecha y horario para lo que sea, inmediatamente evaluamos la situación: pensamos si esa fecha ya está ocupada por otro compromiso y si podemos posponerlo o no. Evaluamos a la persona que nos invita y nos preguntamos por qué lo hace, o qué intensiones tiene. Evaluamos si nos conviene o no aceptar la invitación. Salvo que se trate de una persona muy querida, porque allí no evaluamos nada y decimos que sí sin mirar nuestra agenda de actividades. Pero si somos invitados por un periodista polémico a un programa de televisión y acostumbra a ridiculizar o atacar las ideas o las creencias de otros, es probable que digamos que no, a menos que estemos dispuestos a enfrentar lo que sea. Tenemos que recordar cuando Absalón, según el relato bíblico, invitó a todos sus hermanos y hermanas a una fiesta, y todos fueron contentos sin sospechar nada, y en el mejor momento de la fiesta mandó matar a su hermano Amón, de quien juró vengarse porque violó a su hermana. Si bien esta fue una invitación con un propósito malvado, también podemos ser invitados para unirnos a una noble causa, para ayudar a los niños de la calle, o para visitar a los enfermos, o para ayudar en un comedor comunitario.

 Pero cuando la invitación tiene que ver directamente con Dios y con el crecimiento de la iglesia, entramos en otra dimensión. Porque ya no se trata de nuestra invitación sino de la invitación de Dios por nuestro intermedio. Es Dios quien invita y nos envía para que hagamos la invitación: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20) Notemos que Pablo dice “como si Dios rogase por medio de nosotros”, porque a veces la invitación de Dios es con un ruego o un súplica para que nuestra decisión nos lleve a un cambio. Dios nos envía a invitar al menos con cinco propósitos:

**I PODEMOS INVITAR PARA QUE VEAN**

En el evangelio según San Juan se nos cuenta que un hombre llamado Felipe se encontró con Jesús y que Jesús le invitó a seguirlo. Felipe estaba tan contento por lo que le había ocurrido que fue a Natanael y le dijo “Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret”. Para Felipe su encuentro con Jesús fue una revelación, y la revelación fue que Jesús realmente era el Mesías que estaban esperando y que al fin se habían cumplido las profecías. “Hemos hallado a Jesús…de Nazaret”

 Pero Natanael lo escuchó con incredulidad y dijo “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Es como si nosotros hubiésemos preguntado “¿Del Fuerte Apache puede salir algo bueno? O ¿puede salir algo bueno de ese asentamiento? ¿Puede salir algo bueno de la gente marginal o de una villa miseria? Y Felipe, en lugar de responder a esa pregunta con argumentos o explicarle por qué él se convenció que Jesús era el Mesías que estaban esperando, simplemente dijo “Ven y ve”. (Juan 1:46) Felipe le hizo a Natanael una invitación para que vea por sí mismo y luego decida. Que no se guíe por sus preconceptos o lo que otras personas opinan, sino que él mismo lo vea.

 Todos nosotros podemos ser embajadores de Dios para invitar a otros para que vengan y vean. Somos embajadores para que vean los que están llenos de dudas y prejuicios. En lugar de intentar que cambien de opinión, debemos simplemente decirles que vengan y vean. Y al venir, Dios en su gracia, puede revelarles a Cristo por medio de las canciones, o de una oración, o por las ofrendas, o por el mensaje de la palabra de Dios, o por un saludo afectuoso, y de pronto, las preguntas que tenía son respondidas de una u otra manera, los pensamientos ocultos que nadie sabía alguien en la reunión los revela, y como escribió Pablo “lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros.” (1 Corintios 14:25)

**II PODEMOS INVITAR PARA QUE RECIBAN A CRISTO**

Hay mucha gente que sigue perdida, sin paz y sin salvación, porque nunca fueron invitados para que reciban a Cristo, nunca se les anunció el evangelio, y nunca se les dio la oportunidad de creer y responder. Como dice Romanos 10:14 “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”

 Algunos piensan que la invitación para que reciban a Cristo debe hacerla solamente un pastor o un evangelista, cuando en realidad es una tarea de cada miembro de la iglesia. Esto se confirma en 1 Tesalonicenses 1:8 “Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no solo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada;”

 Aquellos que nunca han conducido a alguien para que reciba a Cristo, no pueden imaginar el gozo, la alegría del alma que se produce al ver la obra del Espíritu Santo en la vida del que ha hecho la oración de fe. Porque por cada persona que se arrepiente de sus pecados estallan en el cielo las alabanzas y aplausos de los ángeles de Dios, tal como dijo Jesús “Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.” (Lucas 15:10) El gozo del cielo baja a nuestro corazón por este milagro de transformación. ¿Por qué? Porque la voluntad de Dios se ha hecho. Lo que Dios quiere se ha hecho, como leemos en 1 Tim 2:3-4 “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” ¿Qué quiere Dios? “quiere que todos los hombres sean salvos”.

**III PODEMOS INVITAR PARA QUE SIRVAN A DIOS CON NOSOTROS**

Puede ocurrir que no nos demos cuenta de la importancia de invitar a los que han recibido a Cristo y se han bautizado para que hagan algo para Dios. Algunos creyentes se han convertido simplemente en oidores en la iglesia. Vienen a las reuniones, escuchan y se van. ¿A qué se debe esto? A que nunca nadie les invitó para cumplir un ministerio, hacer una buena obra, participar activamente de un grupo, o salir para hacer misiones, o visitar a los enfermos o a los ancianos, enseñar a los niños la Palabra de Dios, o llevar a cabo mil diferentes actividades que producen en la vida del creyente un sentido de misión y de propósito. Cuando un creyente hace algo para Dios siente una alegría interior, una satisfacción porque sabe que lo hace para Dios.

 Nada de lo que haga para el Señor carece de significado y de valor. Hay cosas que se hacen que no tienen importancia, que no hacen la diferencia, que da lo mismo hacerlas o que no hacerlas, pero nuestro servicio para Dios es diferente. Todo lo que hacemos no es en vano, como leemos en 1Corintios 15:58 “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.”

 Cuando invitamos a alguien que nos ayude en alguna tarea, no debemos hacerlo solamente porque necesitamos que nos dé una mano, sino porque intencionalmente queremos que sea parte del mismo cuerpo. En 1 Corintios 12:12 dice “Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios;” por eso más adelante dijo que nadie puede decir “no te necesito” a su hermano (1 Corintios 12:21)

**IV INVITAR PARA EL SUPREMO LLAMAMIENTO**

El llamamiento de Dios puede tener diferentes facetas y diferentes objetivos. Podemos ser llamados para servirle en la música, en la enseñanza, en la atención de los que sufren, en el trabajo con los niños, los jóvenes o los adultos. Podemos ser llamados en la administración y en múltiples tareas, sin embargo, existe un llamamiento diferente, distinto, supremo, como dijo San Pablo en su carta a los Filipenses 3:14 “prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”. Ese supremo llamamiento es el llamamiento al pastorado o a la dedicación total de la vida para cumplir la misión de Cristo.

 Este supremo llamamiento puede ocurrir de una manera sobrenatural, es decir, con un encuentro directo con Dios por medio de una aparición o manifestación, pero también puede darse por el llamado a consagrar toda la vida al Señor en un Congreso o después de una predicación. Pero también el llamado de Dios puede venir de la misma iglesia. Por ejemplo, según cuentan los historiadores, Jorge Truett fue un abogado que nunca imaginó ser un pastor y cuando le propusieron ocupar este cargo lo rechazó. Pero los hermanos, al escucharle predicar, volvieron a insistir porque creían que Dios lo había elegido para guiar a la iglesia. Al final, renunció a su carrera y más adelante dejó la Presidencia de la Universidad de Baylor y abrazó el pastorado de la iglesia Bautista de Dallas en el año 1897, y llevó a la iglesia a un enorme crecimiento que, según datos históricos, llegó a tener 19.531 miembros. Mas adelante Jorge Truett fue elegido para ser Presidente de la Convención Bautista del Sur, y finalmente Presidente de la Alianza Bautista Mundial de 1934 a 1939 y fue conocido como el más famoso predicador y escritor de su tiempo.

 Nunca deberíamos desestimar la importancia de la iglesia en el llamado, la cual percibe algo especial de parte de Dios en una persona. Puede ocurrir que uno no crea o no sienta que tiene un llamado supremo, pero sí lo ve y lo siente la iglesia, como ocurrió con Jorge Truett.

**V PODEMOS INVITAR PARA RESTAURAR**

Se habla de restauración cuando algo se ha roto o deteriorado y necesita volver a su estado anterior. Esto puede ocurrir también con las personas cuando han fracasado o caído en su vida cristiana, o cuando se han apartado de la comunión de la iglesia por mucho tiempo.

 Por eso, nuestra tarea no es solamente invitar a la gente para que reciban a Cristo, sino también nuestra tarea es invitar a los que quedaron en el camino para ser restaurados. Tal como escribió Santiago “Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que **haga volver** al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Santiago 5:19-20) Hacer volver, por lo tanto, no es una tarea solo de los pastores sino de cualquier miembro de la iglesia.

 Cuando Israel se apartó de Dios, en su debido tiempo los hizo volver, como dice Jeremías 31:9) “Irán con lloro, mas con misericordia **los haré volver**, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito.” Dios mismo llamará a su pueblo esparcido con un silbido, como el mismo lo dijo por medio del profeta Zacarías: “Yo los llamaré con un silbido, y los reuniré, porque los he redimido; y serán multiplicados tanto como fueron antes.” (Zacarías 10:8) Por eso cada miembro de la iglesia puede convertirse en un colaborador de Dios para hacer volver a los que se apartaron. Por medio de cada uno de nosotros Dios puede invitar para la restauración. Quiera el Señor que cada uno de nosotros sea “el silbido de Dios” para reunir a los esparcidos.

 Recordemos que Dios restauró al profeta Elías que había huido y recluido en una cueva por medio de un silbido, como dice en 1 Reyes 19:11-12 “Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías?”

 Si necesitas ser restaurado, si anhelas volver a sentir la presencia de Dios en tu vida, si precisas oír la voz de Dios en tu corazón diciéndote “he quitado tu culpa y eres limpio de tu pecado”, entonces te invito a su presencia, al silbo apacible de su Palabra que te dice “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”

CONCLUSIÓN:

 Todos deberíamos invitar para el crecimiento. Todos y cada uno deberíamos ser un ejército de “invitadores”. Todos deberíamos invitar para que vean como lo hizo Felipe. “Ven y ve” le dijo Felipe a Natanael. Todos deberíamos invitar para que nuestro oyentes reciban a Cristo. Todos deberíamos invitar para que sirvamos juntos a Dios. Todos deberíamos invitar para el supremo llamamiento, y todos deberíamos invitar para restaurar vidas.

Principio del formulario

”